

## Ese “temita”

Ya pasaban dos temporadas seguidas (la de 1980 y 1982) en que la plantación de caña de don Fermín Zúñiga no crecía lo suficientemente rápido como para que este pudiera vender su cosecha en los mercados de Cali. La temporada pasada se pasó por un mes la fecha de entrega de su cosecha, por lo que sus ganancias se vieron fuertemente recortadas y por poco le cae una demanda de su comprador debido al incumplimiento de la entrega, y la situación a futuro no parecía ser mucho mejor.

Su finca tenía una superficie de 17 hectáreas. Se había criado en aquel lugar y, al igual que todos los varones de su familia antes que él, se dedicaba a la siembra y la venta de caña de azúcar. El negocio familiar siempre fue próspero, permitiendo a la finca gozar de bastante personal que se encargará de su manejo y cuidado y dejando a la familia Zúñiga en una posición cómoda económicamente hablando. Para 1963, don Fermín envió a su hijo mayor, Héctor Zúñiga, a estudiar derecho en la Universidad de Santiago de Cali y a Fabio, el hijo de en medio, a estudiar Ingeniería civil en la Universidad Nacional, sede Bogotá, durante 1966.

Sin embargo, en el transcurso de 1979, la plantación de don Fermín se empezó a quedar atrás respecto al resto de los terrenos del Valle del Cauca. Este problema se debía a que los dueños de las plantaciones circundantes habían empezado a comprar fertilizantes artificiales para utilizarlos en sus sembrados, lo que hacía que la caña creciera en abundancia y en un periodo de tiempo más corto. Por su lado, la plantación de la familia Zúñiga se había rehusado a utilizar dichos fertilizantes.

“Eso mata las matas y hace que el suelo pierda lo que le da calidad a la cosecha” decía don Fermín cuando, durante el almuerzo, hablaba con su señora sobre el tema. Sostenía el mismo argumento cuando alguno de sus hijos, que generalmente era Hector, le sugería que empezara a utilizar los mismos fertilizantes que el resto de plantaciones.

La situación comentada conllevó a que, después de la temporada de 1980 y de la amenaza de denuncia, la plantación de la familia Zúñiga despidiera a una tercera parte de sus trabajadores debido a que no podían pagarles a todos, pues la entrega tardía les había arrebatado buena parte de sus ganancias, afortunadamente Hector consiguió que el asunto no llegara a una multa por parte del comprador. Sin embargo, en 1982, con la repetición de los acontecimientos de la temporada pasada, toda la familia se reunió un día Domingo para hablar respecto a la situación.

La discusión fue sostenida en su mayor parte por Héctor y don Fermín.

-Usted si es muy terco ¿ no pa’?

-¿Y qué quiere que le diga? ¿ah?- gruñó don Fermín- yo a usted ya le he dicho y recontradicho que yo, en mis tierras, no voy a utilizar de esa porqueria que están utilizando los otros. Eso...-Hector interrumpió a su padre.

-“mata las matas y hace que el suelo pierda lo que le da calidad a la cosecha”, si, ya nos lleva diciendo eso desde hace un rato.

-Entonces por que sigue insistiendo con ese temita.

-Porque yo quiero que esta cañaveral siga existiendo y que usted, pa', no tenga que vender esto porque ya no lo puede sostener- Héctor levantó su dedo índice y lo apuntó hacia su padre- pero como usted sigue de terco con lo de los fertilizantes, como que tocará hacer eso.

-¿Y el licenciado que sugiere, ah? Y no me salgás, Héctor, con eso de ponerle ese herbicida a las matas.

Héctor soltó un suspiro.

-Vea- dijo mientras se acariciaba la sien derecha con su dedo índice y su dedo medio- si no quiere utilizar fertilizantes, ya retírese y...-Un golpe sobre la mesa interrumpió al abogado.

-¡Héctor!- gritó doña Pilar, la madre de la familia.

-¡Vea much...- antes de que alguna barbaridad saliera de los labios de don Fermín, la voz de Yeison, el hijo menor de la familia, interrumpió el grito de su padre.

-Déjelo hablar- al decir esto, Yeison puso una mano sobre el hombro de su padre.

-Gracias, Yeison- volvió su cabeza hacia su padre-. Sin querer faltarle el respeto, ni a usted ni a mi mamá, le sugiero que ya se vaya retirando. Usted ya tiene 54 años, pa', mire que Yeison ya tiene 21 y estudió ingeniería agrícola -para ese momento, Yeison estaba recién graduado de dicha carrera- y vea que él puede (y quiere) manejar todo esto. Ustedes pueden ir a Cali, yo les consigo donde vivir. Ya estarían el resto de sus años tranquilos y Yeison sería el administrador de esta granja ¿Qué le parece?

Don Fermín respondió con un tono de voz seco y cortante.

-Yo esto lo manejo hasta que la salud ya no me deje, y vea que yo sigo bastante sano.

Héctor se levantó bruscamente, con su comida estando a medio terminar.

-Las posibles soluciones ya se las di, mire usted si le da por cogerlas o no- acto seguido, se fue a una de las habitaciones para descansar.

El resto de la velada transcurrió en el más absoluto de los silencios. Todos se fueron a dormir temprano.

A la mañana siguiente, los hijos de la familia partieron apenas salió el sol. La relación entre don Fermín y Héctor fue bastante fría durante el mes siguiente, la relación con Yeison, por otro lado, resultaba... tensa por decirlo de una forma suave.

Quién era ese muchacho para conspirar con ese otro desagradecido de Héctor para quitarle a él la casa y el cultivo. A él, que llevaba cuidando esa plantación desde antes que los nombres de ese par le rondaran la cabeza.

¿Desde cuándo lo tenían planeado? ¿Por qué? Un mal año (o dos en este caso) los puede tener cualquiera. Ellos no eran los que manejaban la plantación como para que llegaran, tan campantes, a decirle qué hacer en una mala temporada.

“Palo fue lo que les hizo falta cuando vivían acá”, “Esa ciudad los hizo así” pensaba don Fermín.

Durante el tiempo siguiente, el dueño de la plantación de la familia Zúñiga solamente se comunicaba con Fabio, el único que, aparentemente, estaba de acuerdo con él. Aunque, curiosamente, evadía el tema de la situación en la granja cada vez que don Fermín le comentaba

lo que sucedió esa noche “mejor no piense en eso, pa’, que lo único que trae son problemas” era la excusa del hijo de en medio para evadir el asunto.

Unos cuatro meses después de lo sucedido aquella noche del domingo, en horas de la mañana, rondando las nueve, el hombre se encontraba paseando por el cañaveral: era bastante más grande que cuando él era joven, tal vez cinco o cuatro hectáreas más en el lapso de cuatro décadas.

Recordaba a algunos de los trabajadores de su señor padre, especialmente a Alejandro Zapata, el hombre de confianza de su progenitor. Alejandro ya llevaba diez años trabajando en la plantación cuando Fermín había nacido, y eso que el hombre ya tenía cuarenta años por aquel momento. No había día en que no saliera regañado por el “tío” (así era como llamaba a Alejandro), las razones eran variadas, a veces se ponía a manejar uno de los tractores de la plantación sin permiso; aun recordaba como, un buen día, casi estrella uno de los tractores en la casa de su familia.

Al recordar esto, don Fermín estalló a carcajadas. Llegó un punto en que casi se le salen las lágrimas; finalmente, logró controlarse.

-Que tiempos fueron esos- dijo mientras se secaba los ojos con el dedo índice.

Tomó una bocanada de aire y exhaló “que tiempos aquellos” se repitió a sí mismo.

Hace quince años que Alejandro había muerto de un derrame cerebral. Al entierro acudieron, además de los Zúñiga, todos los trabajadores de la plantación y la familia de Alejandro. La ceremonia se realizó en las periferias de Cali, lugar donde el veterano granjero había nacido, un 23 de abril de 1967.

Uno de esos “pensamientos que lo único que trae son problemas”, se le cruzó por la cabeza: ¿Qué diría Alejandro de la “propuesta” de Hector?

“Escupiría al suelo y simplemente seguiría trabajando. Si, esa era su forma de mostrar disconformidad” murmuró don Fermín.

Esa idea le hizo sentir aún más repulsión por la propuesta de sus hijos. A parte de faltarle el respeto a él, le faltaban el respeto a la memoria de Alejandro.

“Ingratos” pensó don Fermín. Frunció el entrecejo y torció sus labios en una mueca de disconformidad. Acto seguido, se fue a la casa.

Al entrar a su hogar, vio a doña Pilar sentada en el mueble de la sala, con las manos cruzadas sobre las piernas y la mirada fija en la puerta. La señora, al ver entrar a su marido en la sala, trago saliva e hizo una mueca, como si tuviera miedo de lo que fuera a pasar a continuación.

-Siéntese, Fermín- dijo Pilar con un tono de voz sereno que contrastaba con su cara- yo creo que ya tenemos que aclarar el asunto- No fue necesario que la señora dijera a qué asunto se refería para que su marido supiera que se trataría de una conversación... complicada, si había suerte.

El hombre se sentó en una silla que había en la pared derecha. Pilar iba a hablar, pero Fermín la interrumpió antes de que pudiera emitir algún sonido:

-Que me va a decir de lo que dijo Hector- aquellas palabras vinieron acompañadas con un resoplido. La respuesta de su mujer fue bastante directa.

-Debería hacerle caso.

Hubo silencio. Un largo y profundo silencio que se prolongó por minutos.

Don Fermín se levantó de la silla con tanta fuerza que hizo que la misma cayera al suelo. El hombre salió de la casa y se sentó en las escaleras de la entrada.

En la sala, aun en el mueble, Pilar escuchó llantos que provenían de fuera de la casa.

El llanto del anciano no era de tristeza, era de rabia. Ahora a todo mundo se le había metido en la cabeza el temita de usar ese veneno o dejarle sus terrenos a Yeison antes de tiempo (aunque, al fin y al cabo, era lo mismo), ahora faltaba que Alejandro se levantara de su tumba para convencerlo de que dejarle la plantación a Yeison era buena idea. Quería gritar, soltar toda la frustración que traía; pero el grito se ahogó en su garganta, lo único que pudo salir de esa rabia fueron lágrimas.

El tiempo transcurrió, y lo sucedido en los meses previos, fuera de desaparecer de la mente de don Fermín, estaba cada vez más presente en su día a día. A cada hora que pasaba, la idea sonaba cada vez más como algo viable, pues el cañaveral seguía quedándose cada vez más atrás respecto al resto de plantaciones y los problemas económicos de la granja de los Zúñiga solo se acrecentaban. La gravedad del asunto llegó a su punto culmine durante la temporada de 1983, pues, debido a los pocos ingresos de las ventas en Cali, don Fermín se vio obligado a despedir a una parte de sus trabajadores y vender dos hectáreas de la plantación.

Este último contratiempo llevó a una nueva reunión de la familia Zúñiga.

El encuentro fue tan corto como sombrío, pues don Fermín apenas si habló: ya sabía la respuesta que le daría a Yeison y a Héctor.

Después de que el hijo mayor hablara (sin que su padre le pusiera mucha atención), el anciano respondió secamente:

-¿Tengo que firmar algún papel?